

amistad con Giberti, y gozaba también de gran prestigio en Venecia. A fines de 1524, y en la primavera del año siguiente, trabajaba Canossa personalmente en Roma, y ya creía haber ganado por completo al medroso Papa (1); á principios de Junio de 1525, pretextó Canossa la necesidad de visitar á su familia en Verona; pero en realidad corrió á Venecia á donde llegó el 15 de Junio (2). A 23 del mismo mes llegó también allá el enviado de Francia, Lorenzo Toscano, con instrucciones de la Regente, y luego al siguiente día presentó Canossa á la Señoría sus proposiciones. Verdad es que los cautos venecianos rehusaron por de pronto toda resolución, antes de que el Papa se hubiera declarado abiertamente (3). Canossa desplegó entonces una actividad verdaderamente febril; sus cartas volaban en todas direcciones; y al paso que espoleaba al Gobierno francés para que se apresurara todo lo posible á poner lo que estaba de su parte; atizaba también en Italia, dondequiera que podía, el fuego del sentimiento nacional contra los españoles (4). Pero su mira principal estaba dirigida á decidir al Papa á proceder abiertamente, el cual no hubiera querido apartarse de su antigua política de «quiero y no quiero» (5).

El confidente de los planes de Canossa, y su mejor aliado, era Giberti, quien, apoyado por Carpi, trabajaba contra el Emperador á espaldas de Schönberg, en Francia é Inglaterra, con tan incansable actividad como su amigo (6). Y ante todo se esforzaba por determinar al Papa á pasarse definitivamente al lado

(1) Cf. Lett. d. princ. II, 76. Sobre el tiempo del viaje de Canossa á Roma, v. la rara monografía de Orti Manara, Canossa, 37.

(2) Para corregir los datos de Grethen, 73 y Jacqueton 203, sobre el viaje de Canossa, me remito á las siguientes **cartas del mismo á F. Robertet: 1) fechada en Roma á 2 de Junio de 1525: Mañana es la partida hacia Venecia; 2) fechada en Urbino á 11 de Junio; 3) fechada en Venecia á 20 de Junio: Zobia passata io giunsi in questa terra dove aspetto che mi sia comandato quanto io habia a fare. *Biblioteca municipal de Verona*.

(3) Además de la carta de Canossa de 21 de Junio, la cual en gran parte ha sido impresa por Professione, Dalla battaglia di Pavia, 10, v. también su **carta á Giberti de 25 de Junio, la dirigida á Luisa de Saboya de 28 de Junio de 1525 y **la escrita á Giberti de 5 de Julio. *Biblioteca municipal de Verona*.

(4) Cf. Baumgarten, Karl V, II, 428; Miscell. d. stor. Ital., III, 351 s., y Cippolla, 891.

(5) Así caracteriza Giov. Maria de' Monti la conducta de Clemente VII, en una carta de 3 de Marzo de 1525. Lett. d. princ. I, 107.

(6) Baumgarten, loc. cit. Sobre cuán á escondidas de Schönberg trabajaba Giberti, cf. Lett. d. princ., II, 84. V. también Gayangos, III, 1, n. 135.

de Francia. Todo dependía de una rápida y buena resolución: exhortaba Canossa á 25 de Junio de 1525 (1); pero cabalmente en esta parte tropezaban ambos amigos con las mayores dificultades. «Por más que el Papa (escribía Giberti á Canossa á 1.º de Julio), tiene la mejor voluntad de procurar la libertad de Italia, no quiere, sin embargo, precipitarse en un tan importante negocio, y en primer lugar espera la llegada de Lorenzo Toscano»; y al propio tiempo exhortaba á que se mantuvieran en riguroso secreto todas las negociaciones, pues el éxito sería fácil, si se lograba sorprender á los españoles (2). De la irresolución del Papa, certificaba Giberti en una carta dirigida aquel mismo día al Nuncio en Suiza, Ennio Filonardi. Por efecto de la mala conducta de los imperiales, acentuaba allí Giberti; principalmente á consecuencia de su falta de cumplimiento del tratado de Abril, podría llegar muy fácilmente á encenderse la guerra; por tanto, debía el Nuncio tomar secretas providencias á fin de tener preparados para un caso de apuro, 8 ó 10,000 suizos, dispuestos á pelear, no sólo en la Lombardía, sino también en Nápoles (3). Tampoco en las demás cosas pecaba Giberti por falta de celo; con las más enérgicas frases acentuaba, que si el Papa dejaba escapar esta coyuntura única, se arrepentiría luego amargamente, y caería en la servidumbre del Emperador. A pesar de todo, no era todavía posible mover á Clemente VII á proceder de una manera abierta; por lo cual desesperado Giberti, amenazaba con marcharse de Roma (4).

No se ocultaba á Canossa la causa, por qué así el Papa como Venecia titubeaban en declararse públicamente contra Carlos V; á 25 de Junio explicaba á la Regente, de qué manera temían ambas Potencias que Francia no tendría solicitud sino de sus propios intereses y abandonaría á los italianos (5). También Giberti se sintió pronto acometido de parecida desconfianza contra Francia (6); y era en realidad extraño, que los negociadores

(1) Carta á Giberti, fechada en Venecia á 25 de Junio de 1525, no 23, como indica Professione, Dalla battaglia di Pavia, 28.

(2) Lett. d. princ., II, 83.

(3) Ibid., II, 81.

(4) Sanuto, XXXIX, 174, 176.

(5) Carta de *Canossa á Madama la regina di Francia, fechada en Venecia á 25 de Junio de 1525. *Biblioteca municipal de Verona*.

(6) Cf. su carta á Canossa de 8 de Julio de 1525, que se halla en Lett. d. princ., II, 85.

franceses no tuvieran todavía poderes suficientes para concluir una alianza. Por esta causa, tanto en Roma como en Venecia, se procedía en este negocio con tan grande precaución como secreto. Bajo el velo del más profundo misterio encargó Giberti á Segismundo Sanzio, secretario de Carpi, que negociara con la Regente, y á Gregorio Casale que tratara con Enrique VIII; quería asegurarse para el caso, que desde España le aseguraban ser verosímil, de que el Emperador se dirigiera personalmente á Italia, y al propio tiempo se pretendía alcanzar conocimiento claro de los auxilios que «la pobre Italia» podía esperar. Sanzio y Casale salieron de Roma casi al mismo tiempo (9 y 10 de Julio) (1); mas, á pesar de todas las precauciones, tuvo el duque de Sessa noticia de aquellos manejos. Clemente VII acertó, sin embargo, con la doblez de sus declaraciones, á engañar completamente al diplomático español (2).

Con parecido misterio procedían los cautos venecianos, los cuales no se fiaban tampoco de Francia (3). Todavía á 10 de Julio describía Canossa, á su amigo Giberti, la irresolución de la Señoría, la cual aguardaba una decisión del Papa (4); y el 18 podía anunciar que Venecia estaba preparada á entrar en la alianza con Francia, bajo las condiciones que el Papa habia hecho presentar por Segismundo Sanzio; no obstante, la resolución debía, por de pronto, guardarse absolutamente secreta. Aquellas condiciones eran del siguiente tenor: Francisco Sforza obtendría Milán y recibiría por esposa una princesa de Francia; al Papa se le destinaban Nápoles y Sicilia; Francia pagaría mensualmente 50,000 ducados y aportaría 6,600 hombres del ejército de tierra y 10 galeras. En cambio los italianos, unidos con Francia en una alianza ofensiva y defensiva, comprometíanse á levantar un ejército de 13,000 hombres para libertar al Rey (5).

(1) Leti. d. princ. II, 85, 86. Grethen, 76 s. Professione, Dalla battaglia di Pavia, 35. Jacqueton, 211 s.

(2) Grethen, 78 ss.

(3) **Canossa a Madama la regina di Francia, fechada en Venecia á 7 de Julio de 1525. *Biblioteca municipal de Verona*.

(4) **Carta de Canossa al datario, fechada en Venecia á 10 de Julio de 1525.

(5) **Canossa a mons. datario y a Madama la regina di Francia, las dos cartas están fechadas en Venecia á 18 de Julio de 1525. *Biblioteca municipal de Verona*.

Desde el mes de Agosto se paralizaron las negociaciones, porque tanto en el Papa como en Giberti se despertaba con creciente fuerza la desconfianza respecto de Francia; el proceder de la Regente parecía, en realidad, tan sospechoso, que se creyó haber de temer que entregaría al Emperador traidoramente la Italia. María Luisa alargaba de tal manera las negociaciones, que cada vez se descubrían más claramente sus designios de servirse de los italianos para obtener con mejores condiciones la libertad de su hijo. No sólo en Roma, sino también en Venecia, donde estuvo Canossa largo tiempo sin recibir noticia alguna de Francia, se despertaban las peores sospechas (1). A todo esto se agregaba, haber sido Segismundo Sanzio asesinado en el distrito de Brescia y despojado de toda su correspondencia (2). Mas entre los papeles de aquel diplomático se hallaban documentos sumamente comprometedores, referentes á una conjuración que tenía por objeto apartar del Emperador al mejor de sus generales.

La férrea mano de los orgullosos españoles gravitaba con particular pesadumbre sobre el joven Francisco Sforza, en cuyo nombre se había reconquistado el ducado de Milán; mas ahora se veía abandonado al arbitrio de los capitanes imperiales, y tratado con el mayor desdén por aquellos, para quienes habia sido un firme apoyo en la hora de los mayores peligros. Milán sufría mayor opresión que en tiempo alguno hubiera padecido bajo la dominación francesa; y la completa expulsión de Sforza é incorporación del Ducado á la Monarquía española, parecía no ser sino cuestión de tiempo. Para librar, pues, á su patria del yugo de los bárbaros, meditó el Canciller del Duque, *Jerónimo Morone*, un plan tan sutil como temerario (3). El mejor de los capitanes

(1) Brewer, IV, 1, n. 1563, 1589. Grethen, 80. Canossa escribía el 5 de Agosto de 1525, desde Venecia, á la regente: *Quà et a Roma per quanto mi è scritto aspettano con gran desiderio di havere qualche risoluta risposta di V. M. circa quello che Sigismondo li ha portato, et senza la dita risposta non sono per passare più avanti per cosa che se li possa dire. En una *carta de 18 de Agosto de 1525, Canossa manifiesta claramente á la regente, que los venecianos no se fian de Francia. En 22 de Agosto vuelve á hacer hincapié en esto. Cf. además las **cartas de Canossa á Robertet, que llevan las fechas de 11, 18 y 22 de Agosto de 1525. *Biblioteca municipal de Verona*. Sobre la inquietud y flojedad del Papa, cf. Sanuto XXXIX, 341, 377, 425, 459.

(2) Cf. Guicciardini, XVI, 3. Sanuto XXXIX, 282, 326, 341, 342, 343. Professione, Dalla battaglia di Pavia, 37.

(3) Sobre Morone y su conjuración, v. Dandolo, Ricordi inediti di G. Morone, Milano, 1855; G. Müller, Docum. p. la vita di G. Morone, publicados en

del Emperador, Marqués de Pescara, se sentía pospuesto y ofendido por su soberano, por lo cual Morone concibió la esperanza de ganarle para sus designios. Con el más profundo misterio y acercándose al negocio con tiento, descubrió á Pescara su plan de libertar á Italia del señorío imperial, y le ofreció, para el caso del triunfo, no menos que la Corona real de Nápoles, cuya investidura le concedería el Papa. Aun cuando Pescara sólo se expresó indeterminadamente, recibió, sin embargo, Morone, la impresión de que aquel Capitán imperial picaba en el cebo de su brillante oferta. El fogoso italiano creyó tener ya ganado el juego, y se puso en relaciones con Venecia, Roma y Francia. Pronto las más lisonjeras esperanzas se apoderaron de todos aquellos que estaban iniciados en la empresa: «Veo al mundo transformarse, escribía Giberti; Italia se levantará de la más profunda abyección á la más alta felicidad» (1). De una manera parecida discurría Clemente VII, quien no veía entonces sino por los ojos de aquel su consejero (2); pero Pescara era español de punta á cabo en sus sentimientos; despreciaba á los italianos, y sólo quería averiguar los planes para diferir el estallido de la conjuración. En secreto lo descubrió todo á su soberano el Emperador, conjurándole que le enviara tropas y dinero, así como que hiciera las paces con Francia lo más aceleradamente posible, pues nunca había sido el peligro mayor que entonces, porque no sólo el Papa, Venecia y Milán, sino también Génova y Ferrara, estaban concordés en el odio contra los españoles, y en el temor de la supremacía imperial (3).

Luego que Pescara tuvo en sus manos suficientes pruebas, arrojó la máscara: á 14 de Octubre de 1525, Morone, que vivía en la mayor seguridad, se vió súbitamente reducido á prisión, y todas las principales plazas del Ducado fueron ocupadas militarmente. Contra Francisco Sforza, que huyó al castillo de Milán, se entabló un proceso por felonía, y se expidió á las autoridades milanesas

Miscell. d. stor. Ital. III, Torino, 1865; de Leva, II, 281 ss.; Baumgarten, Karl V, II, 449 ss.; Cipolla, 891 ss.; Reumont, B. Colonna, 75 s.; Gioda, G. Morone e i suoi tempi, Milano, 1887; Jacqueton, 215.

(1) Lettera a Ghinucci, que se halla en Lettere di principi (ed. princeps) I, 170. Ranke, Deutsche Gesch., II^o, 343.

(2) Relación de Fr. de Quiñones, fechada en Roma á 26 de Agosto de 1525. Gayangos, III, 1, n. 188; cf. n. 221.

(3) Baumgarten, Karl V, II, 455.

mandato de ejercitar en adelante sus oficios en nombre del Emperador (1).

La noticia de estos acaecimientos llegó á Roma el 18 de Octubre, y produjo no menos turbación, espanto y desaliento, que había producido en su tiempo la noticia de la victoria de los imperiales en Pavía; principalmente en los que estaban complicados en aquella intriga (2). Los españoles y sus partidarios se mostraron desde luego muy provocativos; y del cardenal Colonna, que ya algunos días antes había salido de Roma, contaban haber dicho: que con 100,000 ducados se empeñaba en arrojar al Papa de su capital (3). Ya á 20 de Octubre se presentó Mendoza, con encargo de Pescara, para explicar los motivos de la prisión de Morone y la ocupación del ducado de Milán, que se había hecho indispensable. Clemente VII no pudo, en los primeros momentos, ocultar su consternación; pero luego se hizo dueño de sí, y procuró justificar el modo cómo había procedido hasta entonces: no se le había cumplido la prometida restitución de Reggio y Rubiera, antes habíase diferido indefinidamente, y tampoco se había observado el acuerdo relativo al monopolio de la sal. Fuera de esto, el ejército imperial seguía acampado en los Estados de la Iglesia con grave detrimento de las gentes del país. A todo esto se había agregado la conducción á España del monarca francés, y el sospechoso viaje del duque de Ferrara al Emperador. En atención á la opinión generalmente extendida, de que Don Carlos se disponía á entenderse con su prisionero para perdición del Pontificado y de toda Italia, el Papa se había llenado de la mayor desconfianza y había tomado parte en las negociaciones contra el Emperador, para no quedarse enteramente aislado. Desde la ocupación de Milán por las tropas imperiales, vivía continuamente bajo la impresión de que Carlos V pretendía sujetar la Italia á su dominación y arruinarla por completo. Mendoza y Sessa se esforzaron inútilmente, en los siguientes días, por convencer al Papa de que aquellos temores eran infundados (4). Cle-

(1) Romanin, V, 415. En 14 de Noviembre se dió orden de entregar todas las rentas del estado al abad de Nájera. Müller, Docum., n. 243.

(2) Gayangos, III, 1, n. 224, 240. Sanuto XL, 133, 137 s. *Despacho de G. de' Médici, fechado en Roma á 19 de Octubre de 1525. *Archivio público de Florencia*.

(3) Sanuto XL, 138.

(4) Gayangos, III, 1, n. 224, 235, 239, 240. *Despacho de G. de' Médici, fechado en Roma á 21 de Octubre de 1525: Il sig. Lopez Hurtado arrivò hiersera, et

mente VII insistió de la manera más enérgica, en que todo dependía del modo cómo se arreglara la cuestión de Milán; y que él nunca podría avenirse á que Carlos ó Fernando dominaran en Lombardía. La ocupación de Milán contrariaba las condiciones de la infeudación de Nápoles, dando al Emperador un señorío ilimitado en toda Italia. Clemente VII prefería perecer con todos los príncipes italianos, que condescender en este punto. El Papa no hacía ningún secreto de hallarse resuelto á unirse, para la defensa, con Venecia, Francia é Inglaterra (1).

Cuán grandes temores ocuparan por aquel tiempo el ánimo de Clemente VII, lo muestra el hecho de haber dado en seguida orden de guarnecer con tropas á Parma y Plasencia, y haber mandado en Roma construir fortificaciones y alistar soldados (2).

Así el temor del Papa como el de los italianos, era sumamente fundado: «El único remedio, escribía Mendoza al Emperador á 5 de Noviembre, está en ajustar las paces con Francia, tomar posesión del Ducado de Milán, y arrancar á la Santa Madre Iglesia, tanto Parma como Plasencia» (3). ¡Así se expresaba el hombre que por aquel mismo tiempo acababa de dar al Papa las más tranquilizadoras seguridades! ¿Es, pues, lícito, reprochar á Clemente VII y á todos los Estados italianos, los conatos encaminados á su seguridad? «Se intriga más que nunca, refería Caracciolo al Emperador desde Venecia, á 10 de Noviembre; importa sobre manera separar á Venecia del Papa, y lo más fácil sería ganarse á este último» (4). Esta opinión parece

questa matina è stato lungamente con N. S.; síguese el contenido de la conferencia en forma sumaria. Según un *despacho del mismo embajador de 25 de Octubre, Mendoza quería partirse el día siguiente. *Archivo público de Florencia*. El Papa vió con mucho disgusto el viaje de Alfonso de Ferrara, pero con todo concedió por seis meses la suspensión del proceso, á causa de la ocupación del territorio de la Iglesia; Alfonso, sin embargo, no se fué al emperador, porque Francia, de acuerdo con Clemente VII, le negó el tránsito. Cf. Sanuto, XXXIX, 430, 450, 481; XL, 201-202, 245. Del *breve de suspensión que aquí se menciona, fechado en Roma á 23 de Septiembre de 1525, hallé yo el original en el *Archivo público de Módena*. En 15 de Septiembre se había deliberado en el consistorio sobre este negocio. *Acta consist. del vicecanciller. *Archivo consistorial y Archivo secreto pontificio*.

(1) Gayangos, III, 1, n. 254, 256, 258. Sanuto XL, 174. Baumgarten, Karl V, II, 494.

(2) Sanuto XL, 220. Gayangos, III, 1, n. 253, 271.

(3) Gayangos, III, 1, n. 253. Cf. también la carta de Leyva, publicada por Müller, Docum., n. 244 y de Leva, II, 301 s.

(4) Gayangos, III, 1, n. 256.

haber sido también la de Carlos V, y así se explica el brillante recibimiento que dispensó en Toledo, á principios de Octubre, al cardenal Salviati. El Emperador acertó á hablar de una manera tan persuasiva, de sus designios pacíficos, de sus planes para combatir á los turcos y herejes, y de su fiel veneración hacia el Santo Padre, que á Salviati no se le ocurrió la duda más mínima acerca de la sinceridad de Carlos V. Asimismo en lo referente á Milán, como en lo tocante á Reggio y Rubbiera, dió el Emperador las más tranquilizadoras seguridades; aunque, en realidad, pensaba de una manera totalmente diversa (1). Pero, por el momento, le importaba sobre todo reprimir la peligrosa conmoción de los italianos en favor de su libertad, tranquilizando al Papa y ganándole con promesas y bellas palabras. Para este fin, envió á Roma un propio delegado en la persona de Miguel de Herrera.

Entretanto, solicitaban á Clemente VII con no menos calor los del partido contrario; y principalmente daban cuidado á los diplomáticos españoles los esfuerzos de los venecianos para mover al Papa á una resolución; y su temor crecía, en la medida en que se hacían más frecuentes los correos que iban y venían de Roma á Venecia (2). Mas á la verdad, Clemente no había llegado todavía á tomar una firme resolución; pues el temor del aprisionamiento de Morone, causaba grande impresión en él. Esta timidez del Papa producía el mayor descontento, no sólo entre los políticos enemigos del Imperio (3), sino también en Roma, donde se atribuían todos los daños á la irresolución y escasez del Papa (4). Cabalmente por entonces se habían levantado grandemente las esperanzas y el ánimo de los italianos, por haber la muerte arrebatado al mejor de los generales del Emperador: el por ellos tan aborrecido Marqués de Pescara, en la noche del 2 al 3 de Diciembre; y fuera de ésto, también Francia hacía gran-

(1) Molini, I, 191 ss. Gayangos, III, 1, n. 246. Sanuto XL, 296; de Leva, II, 302 s. Grethen, 88 s. Professione, Dalla battaglia di Pavia, 57 s.

(2) Gayangos, III, 1, n. 260, 271.

(3) *Carta de Canossa al conde Alberto di Carpi, fechada en Venecia á 15 de Noviembre de 1525 (Mi spaventa alquanto la tropo circumspeitione di N. S*. Los venecianos están benissimo disposti, pero hasta ahora todavía no han dado ninguna especial respuesta); otra al mismo, fechada en Venecia á 25 de Noviembre: Venecia está dispuesta para la liga si el Papa entra. Dapoi io hebbi la lettera di V. S. per la quale mi scrive che a Roma si trovano de le difficoltà. *Biblioteca municipal de Verona*.

(4) Gayangos, III, 1, n. 279.

des ofrecimientos; por todo lo cual, apremiaban ahora al Papa con tanto mayor urgencia, para que acabase por fin de concertar la Liga (1). Á la verdad la situación era tal, que los italianos no podían esperar con seguridad recibirían enérgico apoyo de Francia é Inglaterra; y acometer ellos solos la empresa, hubiera sido una temeridad loca (2). Hasta un hombre de carácter más resuelto, hubiera vacilado en tales circunstancias; ¡cuánto no había de titubear más Clemente VII, cuyas cualidades predominantes eran la timidez é irresolución! Ninguno ha descrito más exactamente que Guicciardini su extraño carácter (3): titubeando continuamente, tanto en la consideración como en la ejecución, dejábase el Papa arredrar por la dificultad más mínima; y apenas había tomado felizmente una resolución, cuando los motivos que le habían impulsado á abrazarla eran enteramente relegados á segundo término, pareciéndole no haber ponderado suficientemente los motivos contrarios; por lo cual, el considerar y el vacilar entre las resoluciones contrarias, no tenía fin para él. Frecuentemente cedía también á las reflexiones de sus consejeros, sin estar en su interior completamente persuadido por ellos. ¡Y si, por lo menos, sus ministros hubieran sido de un mismo parecer! Pero Giberti continuaba siempre estrechamente adicto á los franceses, al paso que Schönberg se inclinaba no menos de corazón á los imperiales; lo cual hacía completa la confusión, y los partidos que tomaba el Papa dependían alternativamente de la victoria del uno ó del otro consejero. Por entonces se había impuesto una vez más Giberti, y, si hemos de creer á Guicciardini, habíase fijado ya el día para concluir la Liga contra Carlos V, cuando llegó la noticia de haber Herrera desembarcado en Génova. Esto bastó para ponerlo de nuevo todo en contingencia; pues el Papa declaró, que debía escuchar primero las proposiciones del Emperador que Herrera le traía (4).

(1) Cf. las *cartas de Canossa á Giberti, de 25 de Noviembre y 2 de Diciembre de 1525, que se hallan en la *Biblioteca capitular de Verona*.

(2) Grethen, 90. Cf. Baumgarten, Karl V, II, 495.

(3) Guicciardini XVI 5.

(4) Guicciardini, XVI, 5, cuya pintura está confirmada por las relaciones venecianas, que se hallan en Sanuto XL, 307, 344 s., 365, 410-411, 431-432. Cf. también Gayangos, III, 1, n. 284, 286. G. de' Médici participa el 3 de Diciembre de 1525: *Quà non manchano di continuare le pratiche da Francia et Inghilterra et Venetiani per tirar N. S. dicono alla defensione della libertà d' Italia. S. S.^a pare resoluta aspectare l' huomo viene et vedere quello porta et secondo por-

Éste llegó á Roma finalmente á 6 de Diciembre, con muy amistosas cartas de Carlos V, y con los planes de una alianza que se había ya deliberado con Salviati; y entonces volvió á sobreponerse el influjo de Schönberg. Giberti, que todavía á 5 de Diciembre tenía la firme esperanza de sujetar al Papa al siguiente día, cayó en tal desesperación, que amenazó con marcharse de Roma (1); y por ventura se hubiera concertado entonces una alianza entre el Papa y el Emperador, como lo temían los enemigos de Carlos, si los ofrecimientos de Herrera hubieran sido satisfactorios; mas á la verdad, las cosas no se presentaron así, y las negociaciones tomaron un giro dificultoso. El Papa insistía con fuerza en que debía dársele, respecto de Reggio y Rubbiera, algo más sólido y palpable que meras promesas; y sobre la cuestión de Milán, que era la decisiva, no había manera de ponerse de acuerdo. En esta situación de las cosas, propusieron Sessa y Herrera, que se suspendieran por dos meses las negociaciones; abrigando el secreto designio de ganar con esto tiempo para nuevos armamentos, y hacer á Clemente sospechoso á los que hasta entonces habían sido sus amigos. Schönberg y Salviati supieron excitar la desconfianza del Papa contra los franceses y los demás enemigos del Imperio en tales términos, que accedió á la propuesta de los españoles (2). Por lo demás, observó entonces Clemente VII expresamente, que, si el Emperador no cedía á Milán dentro del plazo establecido, concertaría el Papa la Liga con Francia y Venecia (3).

Esta resolución produjo una exasperación desmedida en los enemigos de Carlos en Roma: en Giberti, Carpi y Foscari, y en

terà governarsi et se necessità non la stringiera non vede che S. S.^a sia per mettersi in periculo et spesa senza suo proficto per bonificare et assicurare quelli d' altri. *Archivio público de Florencia*.

(1) Sanuto XL, 433, 473 s.

(2) Sobre la comisión de Herrera, cf. Gayangos III, n. 1, 299, 300; Villa, Italia 107 ss., Sanuto XL, 506 s.; Balan, Mon. Saec. XVI. 196 ss.; de Leva II, 305 s., Grethen 92 s.; Baumgarten, Karl V. II, 495 s.; Jacqueton 234 s.; Hellwig 18 s., 22; Creighton V, 267 y el raro escrito de Professione, La politica di Carlo V nelle due legazioni del Caracciolo e dell' Herrera a Venezia e a Roma, Asti 1889, en cuya composición se ha utilizado material inédito. El dato, que Schönberg y Salviati determinaron al Papa, puede verse en Sanuto XL, 624.

(3) Sanuto XL, 507; cf. 624 y Raynald 1525, n. 90.

los Ministros de la Regente de Francia (1); y no menos en Guicciardini (2) y en Canossa (3); pero la verdad es, que sus reproches contra el Papa apenas tenían fundamento; pues, si el plazo que les proporcionaba aquella tregua, era beneficioso para el Emperador, no lo era menos para el Papa; el cual podía esperar que, durante aquellos dos meses, se esclarecería en tales términos la situación, especialmente en lo que miraba á la actitud de Francia é Inglaterra, que pudiera él más fácilmente tomar una resolución que había de ser trascendental (4).

Aun antes de haber transcurrido los dos meses acordados, ajustóse, á 14 de Enero de 1526, entre Carlos V y Francisco I, la paz de Madrid. En ella el prisionero monarca francés accedió á casi todas las exigencias del vencedor, renunciando al ducado de Borgoña, al condado de Charolais y la soberanía sobre Flandes y Artois; concediendo una amnistía á Borbón y á los otros rebeldes; renunciando á todas sus pretensiones sobre Nápoles, Milán, Génova y Asti, y prometiendo, finalmente, enviar fuerzas terrestres y marítimas para acompañar á Carlos V en su expedición á Roma, ó para una empresa contra los turcos (5). El Emperador, después de una extraña dilación, ratificó finalmente este tratado el 11 de Febrero; y á 17 de Marzo fué canjeado Fran-

(1) Gayangos III, 1, n. 299; cf. Brewer IV, 1, n. 1814, 1902; Brown III, n. 1191, 1201; Sanuto XL, 507, 532 s.; Grethen 93-94; Hellwig 12.

(2) Lett. d. princ. II, 102; cf. Guicciardini, Op. ined. VIII, 363 s.

(3) *Per il tacere suo, escribía Canossa á Giberti en 15 de Diciembre de 1525, et per altra via ne ho inteso quanto basta á farmi stare mal contento et quasi a desperare in tutto la salute d'Italia parendomi assai più ragionevole il credere—lo que sigue se halla impreso en Professione, Dalla battaglia di Pavia, 61. En 22 de Diciembre 1525, escribía Canossa á Robertet: *Vista la irresolutione del papa et non sperando che S. S^a intri in questa liga se non vede forse tale in Italia che lo possi securare del timore che ha de lo imperatore mi són sforzato di persuadere a questa Signoria che essa si voglia risolvere senza il papa. Cf. la *carta á Luisa de Saboya, de 22 de Diciembre de 1525. *Biblioteca municipal de Verona*.

(4) Baumgarten, Karl V, II, 497.

(5) Dumont IV, 1, 399 ss. Capino da Capo, que llegó á Roma el 20 de Febrero de 1526, trajo el tratado; v. Salvioli XVI, 278. El 5 de Marzo, el cardenal Cibo leyó en el consistorio una carta de Carlos con la notificación del tratado de paz (*Acta consist. del vicecanciller. *Archivo Consistorial*), por lo cual Clemente VII dió el parabién al emperador en 10 de Marzo, y le dió parte de la fiesta que se había celebrado en Roma por la paz (Balan, Mon. saec. XVI, 223 s). Dicha fiesta la describe Cornelius de Fine en su *diario. *Biblioteca nacional de París*.

cisco I con sus dos hijos, que debían permanecer en rehenes en poder del Emperador. Decíase que, al pisar de nuevo el suelo francés, exclamó: «Me voici roi dérechef!»—¡He aquí que vuelvo á ser Rey! (1)

El tratado de Madrid fué, por ventura, el más grave error político cometido por Carlos V; y no sin razón se negó el canciller del Emperador, Gattinara, á dar su asentimiento á exigencias que reconocía ser desmesuradas é insostenibles. En realidad, el tratado imponía al vencido tan extensas obligaciones, que jamás pudo esperarse el cumplimiento de ellas de un hombre como Francisco I; y todavía podía suponerse menos, que una Nación como la francesa se dejaría rebajar á la condición de Potencia de segundo orden, y obligarse al vasallaje del Emperador. En general, la opinión pública (en cuanto en aquellos tiempos podía hablarse de semejante opinión), se inclinó entonces más á favor de Francisco I; y á la vista de la ruda manera con que Carlos se había aprovechado de su victoria, no creyó nadie apenas que el Rey observaría el tratado de Madrid. Especialmente en Italia hallábase difundida esta opinión en muy extensos círculos; y aun sin tener el más remoto barrunto de la secreta protesta que Francisco I había hecho antes de ajustar el tratado, de todas partes se le aconsejaba el quebrantamiento de aquello mismo que acababa de jurar (2). Aun el mismo Clemente VII, político realista (3), no se debe exceptuar en este concepto (4); pues era de opinión, que el tratado y el juramento, por haber sido arrancados á la fuerza, no podían ser obligatorios (5).

(1) Buamgarten, Karl V, II, 474 s., 484 s. Mignet II, 198 s.

(2) Guicciardini XVI, 6. Gayangos III, 1, n. 358. Professione, Dalla battaglia di Pavia 68. Cf. las **cartas de Canossa á Giberti de 3 de Febrero, á la regente de 5 de Febrero y 1 de Marzo, á Carpi de 19 de Febrero, á Robertet de 21 de Febrero de 1526. *Biblioteca municipal de Verona*.

(3) Según la relación del obispo de Worcester á Wolsey, Clemente VII, tan pronto como se le propuso el proyecto del tratado de Madrid, manifestó, que lo hallaba bueno, en el supuesto que Francisco, después de su libertad, no cumpliera las condiciones. Raumer, Briefe I, 247.

(4) V. Sanuto XL, 849 ss.

(5) Francisco I quebrantó su palabra por consejo de una junta de notables de los tres estados; v. Rev. d. quest. hist. 1903, I, 144 s. A Grethen, 98, le parece con razón no ser cierto, que Clemente VII desligase formalmente de su juramento al rey de los franceses, como afirman Sandoval y Sepúlveda. Habla notablemente en contra, el hecho de que Carlos V, en su vehemente escrito de